

Fulgor y muerte de Joaquín Murieta



HUGO ROLANDO CORTÉS
ACADEMIA CHILENA DE LA LENGUA

que el poeta asignaba al legendario bandido. Si bien no pocos autores menores le habían mencionado como tal, otros de mayor autoridad, testigos directos y presenciales de la epopeya del oro de California, como Benjamín Vicuña Mackenna y Vicente Pérez Rosales, nada dicen al respecto por olvido u omisión, acaso por esa Babilonia de lenguas y pueblos en que se convirtió la "tierra prometida" del oro y la riqueza a mediados del siglo XIX.

Neruda buscó infatigablemente el origen de Joaquín Murieta y, según confiesa, conoció las pruebas que le parecieron irrefutables. Pero no es por allí, aunque su hallazgo le emociona, donde es preciso buscar el tesón de su homenaje a esa sombra mítica del personaje: es que le rodea una tormenta de fuego y sangre, de codicia, atropello e insurrección en que se fue convirtiendo su leyenda.

Son seis actos —que llama cuadros— los que recogen la aventura de este fantasma, cuyos papeles de identidad se perdieron en los terremotos que asolaron a Valparaíso, precisamente donde inicia su sueño dorado entre los muchos hombres y mujeres que se pelean un lugar en las embarcaciones que tienen como destino los tesoros sepultados de San Francisco.

Del norte al sur del país han llegado centenares de anónimos ciudadanos para cruzar los mares que les separan de la utopía. Los frágiles bergantines se hacen insuficientes y Valparaíso les despide entre la incertidumbre y la esperanza que la impaciencia multiplica.

Un probable retrato de Joaquín Murieta destaca su rostro de fiera mirada, sus ojos que sobresalen de sus órbitas, su pelo renegrido, un bigote que baja desafiante hacia los costados de sus labios carnosos, la nariz como espolón que fija el nor-

te de su desafío; todo en él, la imagen de conquista y rebeldía.

Durante la travesía —el alma del poeta siempre latente— el amor irrumpe de pronto en el idilio que Murieta sostiene apasionadamente con Teresa, bella muchacha que también ha embarcado con sus ilusiones juveniles. Los dos serán un solo sentimiento y el drama se aproxima. La pieza teatral, que el propio autor ha considerado una comedia —luz y sombra de la vida—, le sugiere cantatas, coros, imágenes visuales en el escenario y la muerte de su amada enciende el dolor y apaga la dicha fugaz. Las hordas desatadas de "los galgos" han perforado su corazón en su propia casa y Murieta, enardecido, jura venganza.

La tarde que, ensombrecido por el odio y el rencor, visita la tumba de Teresa, allí donde su amor asesinado, su esposa, lo llama todavía, cien cobardes le disparan y un

valiente cae con cien balazos. "Su sangre vengadora y verdadera pudo besar así a su compañera y ardió el amor allí donde moría".

No se ha disipado todavía la humareda de la metralla y ya la leyenda comienza su peregrinaje. Desde todos los rincones la voz sorda de los pobladores se extiende como lava volcánica y quema sus gargantas de justicia. El nombre de Joaquín Murieta que les protegía seguirá vagando como fantasma por los páramos de Sonora o por las soledades de la Sierra Madre mexicana.

Llegará, después, a tierras chilenas en la palabra estremecida de Neruda, no sólo como un oratorio insurreccional, sino como una partida de nacimiento, que sigue, eco lejano, sonando: "Fue mi cuerpo primero separado,/ degollado después de haber caído,/ no clamó por el crimen consumado,/ sólo reclamo por mi amor perdido./